

tenta dar razón de la presentación que de ella se hace en la Biblia. En este sentido estamos ante una excelente «historia de Israel». Sólo cabe esperar que pronto dispongamos de ella en castellano como ya disponemos de la de J. Maier antes citada.

Gonzalo ARANDA

Alejandro MARTÍNEZ SIERRA, *Antropología teológica fundamental* (Col. *Sapientia fidei*, 26), BAC, Madrid 2002, 230 pp., 15 x 22, ISBN 84-7924-529-3.

El tratamiento de la antropología dentro de esta colección de manuales, es deudor de la propuesta de J.L. Ruiz de la Peña (que, hasta su fallecimiento, fue director de la colección). Defendía la distinción entre una antropología fundamental y otra especial. La especial, aunque no llevara este título, ya fue publicada por L. Ladaria, *Pecado original y gracia* (1993). Y ahora sale esta *Antropología teológica fundamental*.

Pero Ruiz de la Peña, en su propia colección (publicada en Sal Terrae), dedicaba un tercer volumen a la creación (*Teología de la creación*), mientras que aquí se presentan unidas la antropología fundamental y el tratado de creación. Con lo cual, en realidad, este libro responde exactamente a la temática tradicional de ese tratado, con sus tres partes: el acto creador, el hombre (*De homine*) y los ángeles. La única variante sería el desplazamiento del tema del pecado original al tomo correspondiente a la antropología especial (Ladaria) para ser tratado en paralelo con la gracia.

Según expone en la presentación, el autor es muy consciente de lo que tiene que ser un manual como instrumento didáctico «breve, claro y completo»; que «recoja lo que la Iglesia enseña y profesa»; «muy preferentemente la doctrina común aceptada por la Iglesia» (XVI). Ha hecho un notable esfuerzo por ser sintético y de las tres partes, es la última la que merece mayor atención. La teología de la creación ocupa algo menos de setenta páginas (5-71); la antropología, otro tanto (75-139); y los *Ángeles y demonios*, algo más de ochenta (143-224), incluyendo un breve apéndice sobre el satanismo, de cierta actualidad. El autor declara haberse servido de su *Antropología Teológica. Curso de teología a distancia*, I (Aldecoa, Burgos 1982).

I) La doctrina de la creación se expone de manera sintética. Se estudia en el Antiguo Testamento (capítulo I) y en el Nuevo (capítulo II), con un claro esquematismo. Se dedica el capítulo III a recoger las expresiones litúrgicas y bautismales de la fe y a hacer un breve recorrido por la patrística y el Magiste-

rio. El capítulo IV, el más largo, hace una ordenada exposición de las características del acto creador de Dios: libre, de la nada, en el tiempo, creación continuada (con breve referencia al problema del mal) y el fin de la creación. Cada tema es presentado con su historia, y justificado con el recurso a los lugares teológicos y la correspondiente reflexión teológica. Hay bastantes aciertos expositivos, como, por ejemplo, al explicar la creación en el tiempo y su conservación.

II) La segunda parte, dedicada al hombre, comienza con un capítulo introductorio en el que se abordan los relatos de la creación del hombre y el vocabulario, hebreo y griego, del Antiguo y del Nuevo Testamento. Se da importancia al contexto cultural caldeo, estableciendo comparaciones. Después, se abordan cinco cuestiones antropológicas, perfectamente delimitadas, con un esquema que recuerda el de Ruiz de la Peña, pero que es bastante común y, en cierto modo, obligado. En primer lugar, la *Naturaleza del hombre. Unitarismo o dualismo* (capítulo VI), con un recorrido histórico bastante matizado, se destaca la contraposición entre una corriente platónica, de tendencia dualista, y la postura de Santo Tomás de Aquino, al presentar el alma como forma del cuerpo. En *El hombre imagen de Dios* (VII), se aborda la doctrina de la imagen, con breve referencia a los paralelos bíblicos de Gen 1,26 y alusión a los Padres de la Iglesia. *El hombre como persona y ser social* (VIII) es la ocasión para recoger en forma brevísima la historia de la noción de persona y la doctrina de *Gaudium et spes*. En *El hombre, creador creado* (IX), se hace una teología de la actividad humana, algo ecléctica, con acento ecológico, atención al dolor y olvido de la cultura y el arte.

*El origen del hombre* (XI) es el capítulo fuerte de esta parte, también porque se avanzan algunas propuestas. Se hace una historia de la teoría de la evolución. Y también de la posición de la Iglesia ante el evolucionismo, original y acertada en su brevedad. Después, se asientan los datos doctrinales de la cuestión alma/cuerpo, señalando: «la unidad conforme a los testimonios de la Escritura y el Magisterio», «la dualidad de realidades en la esencia del hombre», que «el alma es forma del cuerpo humano», y que «sólo puede tener origen en un acto creador de Dios» (p. 129). Entonces, aborda la cuestión de cómo puede ser creada el alma en relación substancial con el cuerpo. Aún siendo matizadas, estas tres páginas quizá son demasiadas para lo poco que se puede decir con seguridad. También previendo los profundos cambios que cabe esperar en el aspecto científico, sobre la organización corporal, a medida que se conozcan los mecanismos autorreguladores del ADN (que no se menciona). Su análisis sigue a M. Schmauss (*El Credo de la Iglesia Católica*) y la cuestión queda bien planteada: «La creación de la nada en una psique intelectual no es una mera adi-

ción» y «Tampoco es una creación *ab extrinseco*» (132). Pero la solución no satisface mucho: «El espíritu no aparece como un epifenómeno de la materia, sino como una efloración de la misma» (133). Acuñar un término para designar lo que no se sabe puede recordar la «virtus dormitiva», de la que se quejaba Descartes. Después se afirma que «Cuando los padres engendran al hijo, ser personal, sucede algo que requiere una explicación. La acción generativa no puede producir por sí misma ese nuevo ser en su totalidad. El efecto es superior a la causa. Dios colabora con la causa secundaria, a la que trasciende y eleva haciéndola que se autosupere» (136). Quizá el problema sea que, sin haber delimitado más la idea de alma, resulta difícil pensar cómo puede originarse (probablemente, lo mejor sería reconocer que no tenemos los datos para resolverlo).

El capítulo se cierra con una mención sobre el *Monogenismo y poligenismo*. Alejandro Martínez Sierra es autor de un ensayo *Poligenismo y teología católica en siglo XX* (Madrid 1966) y conoce bien la historia antigua del tema. Piensa que el problema «ha perdido relevancia entre los teólogos» y que «es la ciencia la que tiene que aclarar el origen monogenista o poligenista de la humanidad» (139). Tengo la impresión de que, en este tema, en lugar de hablar más, interesa hablar menos, como hace el Catecismo de la Iglesia Católica. Por un lado, las cuestiones científicas son muy fragmentarias en este punto (no hay una teoría sólida sobre la causa de las nuevas especies y está planteado el saltacionismo de Gould). Por otra parte, no han desaparecido las implicaciones teológicas que este tema tiene en la soteriología, en relación al pecado original. En esta cuestión, existe el acuerdo teológico de reforzar el paralelismo con la salvación de Cristo, y mostrar que la universalidad del pecado debe entenderse desde la universalidad de la salvación obrada por Jesucristo.

Me parece que todo el capítulo tiene aciertos de planteamiento, sobre todo cuando se fijan matizadamente las posiciones doctrinales. Pero, desde el punto de vista didáctico, quizá fuera preferible prescindir de las propuestas que desean avanzar más (132-134, 136-139), en la medida en que no existe consenso y los datos son inciertos. Los temas, desde luego, merecen atención, pero quizá fuera mejor prestársela en un contexto más especializado e interdisciplinar.

III) La tercera parte, *Ángeles y demonios*, como hemos dicho es la más extensa. Alejandro Martínez Sierra no se ha conformado con una presentación convencional, aunque recoja la doctrina recibida. «La existencia de los ángeles y demonios no tiene más base que el testimonio de la fe. La razón humana, que siempre se ha resistido a aceptar lo que no puede comprobar por sí misma, se opone radicalmente a la creencia en esos seres intermedios» (p. 144). «La catequesis, la predicación, la enseñanza teológica en las universidades y en los se-

minarios normalmente esquivan el tema (p. 145). «Sin embargo, hay que constatar que ángeles y demonios, sobre todo el demonio, han tenido y tienen una presencia fuerte y cualificada en la sociedad actual» (p. 145).

Recorre las *Angelologías y demonologías extrabíblicas* (XI), incluyendo las del judaísmo, para comparar. Y repasa la Escritura sagrada (XII), del Antiguo Testamento (quizá demasiado detallada en lo curioso) y del Nuevo. Une los testimonios de la tradición (XIII); trata con más amplitud el Magisterio de la Iglesia (XIV); y, tras una breve mención litúrgica (que podría ser más importante: cfr. Erik Peterson, *El libro de los ángeles*), desarrolla una amplia *Reflexión sistemática* (XVI), estableciendo el sentido de las afirmaciones sobre los ángeles. Se repasan las dificultades culturales, al tiempo que se afirma la seguridad con que la fe cristiana sostiene este tema, dentro de un adecuado orden, que tiene por centro la figura de Jesucristo.

Lo más notable de este libro es el conjunto de sus pequeñas síntesis. Se ha hecho un esfuerzo importante por condensar la materia y se advierte. En general, están bien logradas la presentación de las cuestiones y los resúmenes históricos, que resultarán muy útiles para los alumnos. He expresado algunos puntos de desacuerdo sobre la problemática del alma, aunque más bien desde este punto de vista didáctico. Desde luego el tema merece una reflexión serena y lenta, y lo que dice Martínez Sierra merece ser considerado. En la bibliografía, echo en falta: J. Morales, *El misterio de la creación*.

Juan Luis LORDA

Thomas J. MCGOVERN, *Priestly Identity. A Study in the Theology of Priesthood*, Four Courts Press, Dublin 2001, 320 pp., 16 x 23, ISBN 1-85182-655-6.

Father McGovern, del clero de la Prelatura del Opus Dei, capellán de Glenard, residencia universitaria en la capital de la Patria Irlandesa, era ya conocido por otro libro aparecido en Dublin-Chicago 1998 y titulado *Priestly Celibacy Today*, que mereció elogiosas recensiones en diversos medios. También este trabajo que ahora se reseña las merece.

La identidad sacerdotal ha sido un debate doloroso durante los años setenta; mitigado —más por el cansancio que por la claridad de ideas— durante los años ochenta; superado en fin tras la *Pastores dabo vobis* que, al reconocer y explicar verdades tan fundamentales como el efecto cristiforme del sacramento del orden y la inseparable consecuencia de la esponsalidad —juntamente con Cristo— del presbítero ante la Iglesia, ha significado una respuesta eficaz. Li-